



ADÁN Y EVA

CANTO PRIMERO

LA CREACIÓN

ANTES del tiempo el Ser Omnipotente
bañado en el espléndido oceano
de puras llamas de su amor ardiente,
feliz alzaba la radiosa frente,
del poder y la vida soberano
escondiendo cien soles en su mente
y mundos mil en su creadora mano.

Sólo en su inmensa eternidad cabía
su grandeza infinita y alta gloria;
un himno de victoria
resonaba en su voz; una armonía
su perenne magnífica existencia
es, que en su seno la inefable Ciencia
con el Sumo Poder vive y se aduna
quedando Dios impreso

en el Divino amor que los enlaza
con fuego puro, en sacrosanto beso.

A sus pies en silencio se arrodilla
un coloso fatal que pone espanto:
nunca la luz en su mirada brilla,
y en las hórridas nieblas de su manto
la misteriosa faz con miedo encubre.
Es el *no ser*, la incomprendible nada:
de sus inmóviles ojos vierte llanto:
en su mano de hielo, encadenada,
trémula, torpe, inerte,
sólo la vista con dolor descubre
un terrible bosquejo de la muerte:
en su ancho seno lóbrego y vacío
leves sombras fatídicas encierra:
muda su boca, con afán impío,
espera ver del mundo el poderío
por sólo devorarlo en cruda guerra.

Pródiga luego la bondad divina,
de dulce amor inagotable fuente,
la prodigiosa llama
que del ser los contornos ilumina
enciende con sus manos y derrama
de la vida el mirífico torrente
que mundos mece en rápido oleaje:
de bellas formas el gentil ropaje
viste la noble idea:
vuela entonces de Dios el alma aliento,
y el orbe gira en alas de su acento
cuando clama su voz «*El mundo sea*»
y humillado, rendido, y temeroso
el funeral coloso

ve que un fuego perenne le circunda
al salir de su seno cavernoso
la admirable creación viva y fecunda.

Brota entonces la luz: radiante el cielo
sus cristalinas bóvedas extiende,
y bordándole en oro su ancho velo
el sol su hoguera rutilante enciende.

Fúlgidas luego las estrellas giran;
himnos entonan los alados coros
de bellas aves que, gozosas miran
de natura los mágicos tesoros.

En raudas ondas se desata el río;
alza su frente poderosa y fiera
con solemne fragor el mar bravío
salir ansiando de su cárcel fuera.

Sus penachos de arbustos y de nieve
ostentan atrevidas las montañas
y en crisoles recónditos se mueve
el metal que circula en sus entrañas.

El ligero corcel en la llanura
hiere la tierra, devorando el viento;
el águila veloz mide la altura
y reposa en el claro Firmamento.

El valiente león, con su rugido
montes y valles orgulloso atruena,
y busca, en vivas llamas encendido,
cálida alfombra de flotante arena!

Cruza feliz el cándido cordero
el bosque umbroso y el naciente prado
dejando ver tranquilo en el otero
de leves perlas su vellón bordado.

La rosa peregrina
perfuma el claro ambiente
alzando en la colina
su seductora frente,
Imagen de la llama purpurina.

La inquieta mariposa
liviana juguetea;
la brisa bulliciosa
con ala blanda orea
el bello aljófara de la tierna rosa.

Los mansos arroyuelos
suspiran dulcemente
bajo espumosos velos
llevando en su corriente
el magnífico cuadro de los cielos.

Do quier luz y colores
y delicado aroma
vertiendo van las flores;
el cisne y la paloma
publican con arrullos sus amores.

Mas después la divina Omnipotencia
cual siempre henchida de bondades llama
á la increada Luz y eterna Ciencia
y al santo amor que con su Amor la inflama

el fuego germinal de la existencia
de aquel Trono de Gloria se derrama:
*«Hagamos, dice, al hombre, y al momento
brota del polvo el alto pensamiento.*

Y nace Adán radiante de hermosura;
alma luz en sus ojos centellea;
extasiado de amor y de ventura
gozar la gloria de su Dios desea;
más que la lumbre de los astros pura
brilla en su frente la inefable idea
sol de las almas y constante guía
de la dorada incierta fantasía.

Nace Adán y se eleva su mirada
á la pura región del Firmamento
y en himnos mil su voz alborozada
sube al Empíreo traspasando el viento;
busca en Dios su magnífica morada
y del soplo eternal bebe su aliento;
se ve mayor que el mundo y el espacio
y estrecho mira el terrenal palacio.

Con diadema de mágicos fulgores
le coronan las cándidas estrellas;
alfombra de riquísimos colores
téjele el reino de las rosas bellas;
el oro, germinando entre las flores,
aspira humilde á recoger sus huellas,
y, en divinos espejos, el diamante
quiere copiar la luz de su semblante.

El águila del cielo le saluda
 replegando las alas reverente,
 y depone la cólera sañuda
 manso á sus plantas el león potente;
 por decirle su amor con lengua muda
 dócil besa sus manos la serpiente;
 y asomadas del Ponto á las riberas
 le dan su aplauso las marinas fieras.

Jamás del Éter el azul sereno
 empañan los soberbios huracanes,
 ni arrastra el carro fragoroso el trueno,
 ni conmueven la tierra los titanes
 inflamando atrevidos en su seno
 el fuego aterrador de los volcanes,
 y en dulce calma el piélago profundo
 respeta al hombre y embellece el mundo.

Con ardiente mirada brilladora
 Adán recorre la creación entera,
 penetra los misterios de la aurora
 y el insondable abismo de la esfera,
 do, entre mares de luz encantadora,
 los astros siguen su eternal carrera,
 y triunfante descubre el hondo arcano
 del continuo girar del Océano.

Siempre feliz, pero en ardiente anhelo
 y en vivísimas llamas encendido,
 su genio alzando en magestoso vuelo
 al trono augusto de su Dios querido

contempla trasparente el ancho velo
 que nos oculta el bien desconocido
 hermanando en su afán la noble ciencia
 con la pura bellísima inocencia.

Del Arte luego ante sus ojos brilla
 el supremo esplendor y la hermosura:
 en tosca piedra, en deleznable arcilla
 ve del templo eminente la figura;
 y absorto al ver la egregia maravilla
 que á su mente llegó desde la altura
 mira otro mundo levantarse ufano
 entre el orbe y el cielo soberano.

Sumergido en ensueño deleitoso
 de vago amor, enagenado siente
 en su férvido seno vigoroso
 la mano de Jehovah omnipotente:
 despierta al son de un himno melodioso,
 alza del lecho la asombrada frente,
 y ve una flor que blanca y hechicera
 brota en su pecho: ¡la mujer primera!

Y al mirarla tan pura y tan hermosa,
 con dulce afán y mágico embeleso
 el tierno labio de naciente rosa
 rápido sella con su casto beso,
 vivo placer su corazón rebosa
 y de tanta ventura al blando peso
 cede feliz, mientras en aurea nube
 su canto al cielo cual aroma sube.

Nace entonces la espléndida Poesía
de rosa y nieve con brillantes alas,
y torrentes de luz y de armonía
llenan el mundo de indecibles galas:
halla el hombre en su ardiente fantasía
ígneo carro y olímpicas escalas
para subir hasta el Edén divino:
¡Sólo allí ve completo su destino!

CANTO SEGUNDO

LA CAÍDA DEL HOMBRE

ENTRE las pintadas flores
de la eternal primavera
que rica de galas era
bello adorno del Edén,
un árbol verde y frondoso
con frescas hojas suaves
daba en el viento á las aves
noble alcázar, dulce harem.

Y suspendidas gozando
en sus mil brillantes pomas

se arrullaban las palomas
y trinaba el ruiseñor;
y aquel encantado albergue
del placer y la armonía
respiraba la alegría
del más inocente amor.

Pero Dios desde su Trono
de luz espléndida y pura
alejó la desventura
quiso del seno de Adán:
«No comas, dijo, del fruto
de aquel árbol ponzoñoso:
tras su deleite engañoso
el llanto y la muerte están.»

Desde entonces con cautela
pasó Adán bajo el florido
árbol pomposo y erguido
soberano del vergel
que suavísima ponzoña
de sus frutos derramaba
y en lecho de rosa daba
sin piedad muerte cruel.

Mas ese rebelde arcángel
que el mal del hombre ambiciona,
el que tornó su corona
en vil cadena infernal
imitando la figura
de la alevosa serpiente
en la mujer inocente
vertió veneno letal.

Lanzó fosfóricas llamas
de sus ojos encendidos
encerrando los sentidos
en dulce fascinación;
y dócil en su presencia
magnetizada dormía
Eva infiel que ya sentía
orgullo en su corazón.

Hermosa como la imagen
de los sueños tentadores
escondiendo entre las flores
de su boca leve aspid
silenciosa se aproxima
á su amante compañero
con ademán lisonjero
que es nuncio de blanda lid.

Ante el férvido suspiro
de aquel labio sonriente
un volcán en su alma siente
el hombre nacer, veloz
mientras en cárcel de azucenas
detenido por su esposa
apacible y melodiosa
oye su plácida voz.

EVA

¿Qué vale de esos cielos la luz pura
tiñendo en rosa mi nevada faz,
de mi acento la mágica dulzura
y el divino poder de mi beldad?

¿Qué valen esas sonoras fuentes
que en la selva suspiran de placer
arrastrando en sus linfas transparentes
las arenas doradas de mi edén?

¿Qué vale el dulce querellar del viento
en las mañanas del florido Abril
y la pompa nupcial del opulento
bosque umbroso y espléndido jardín?

¿Qué vale de mi frente la pureza,
límpido espejo del radiante sol,
ni el latido que arranca mi belleza
á tu noble y amante corazón,

Si un precepto de Dios incomprendible
nos hace ver con delirante afán
la vida humana cual suplicio horrible
privados de la dulce libertad?

Esas aves que cantan á la aurora
en nubes de brillante rosicler,
el ágil bruto que en la selva mora,
el leve insecto, el insensible pez.

Rápidos giran, atrevidos saltan,
veloces cortan el espacio azul,
y el agua, el aire, la pradera esmaltan
bogando en olas de argentada luz;

Y ufanos miden la creación entera
libres, altivos y en eterna paz,
sin preceptos que turben su carrera
ni detengan su indómito volar.

Sólo á nosotros la inflexible suerte
nos fatiga con peso abrumador.
¡La terrible amenaza de la muerte!
¡La futura divina maldición!

¿Quién puede, Adán, bajo tan férreo yugo
arrastrar su misérrimo existir?
Hoy mi propia razón es mi verdugo
y en negra cárcel se trocó el pensil.

Próvido el Cielo nos aclama reyes
bajo un dosel de rutilante tul,
y después nos sujeta á duras leyes
de oprobiosa y perenne esclavitud.

ADÁN

Amada esposa, tu fatal deseo
causa será de muertes y de horror;
por él esclavos á mis hijos veo
huyendo de la cólera de Dios.

¿Por qué duda tu mente y examina
ese precepto que el señor nos da?
¡Oh qué corona de acerada espina
intentas en mis sienes colocar!

Si el ave corta el azulado viento
y en el húmedo abismo juega el pez,
en alas de tu noble pensamiento
puedes tú á Dios intrépida ascender.

EVA

¿Y qué me importan las egregias galas
ornamento del alma seductor?

Águila altiva desplegué mis alas
y al éter quise remontarme yo!

Feliz pensaba levantar mi vuelo
á la región que habita el querubín
y ese cielo escalar! Hirióme el cielo
y hoy me arrastro cual mísero reptil.

Hasta el aura que sopla mansamente
me oprime el cuello cual feroz dogal.
¡Pesa mucho, ay de mí, sobre esta frente
con su espada flamígera Jehovah!

Yo soy esclava; libertad no tengo;
pienso no más para sentir terror;
mover quiero la mano, y me detengo
temiendo á la celeste maldición.

ADÁN

Si el pavor que tú sientes hoy es tanto
al ver la faz de un negro porvenir,
¡cuánta será tu angustia, cuál tu llanto,
si á Dios ofendes con tu orgullo vil!

EVA

No es el orgullo la pasión mezquina
digna tan sólo de tenaz desdén;
es de belleza y de verdad divina
el ansia noble, la perpetua sed.

Que de Dios en el trono fulgurante
su intenso fuego logrará templar;

que ve la perfección siempre delante;
que busca por do quier un más allá.

Me lo ha dicho en secreto la serpiente:
prueba esa fruta que á tu afán vedó
un precepto pueril, y omnipotente
serás entonces como el mismo Dios.

ADÁN

¡Mujer....! te pierdes en el hondo abismo.

EVA

Yo busco la infinita magestad.

ADÁN

¿Sin temor al inmenso cataclismo?

EVA

¡Oh...! pero puede la soberbia más.

Quiero correr el anchuroso espacio,
quiero hasta el trono de la luz subir,
quiero habitar el fúlgido palacio
donde tiende su vuelo el querubín.

Y escuchar sus dulcísimos cantares
y sus mágicas notas aprender
mientras giran los vientos y los mares
cual humildes esclavos á mis piés.

Sólo así yo comprendo la existencia,
come esta fruta que en mi mano está;
cómela, pues, y aprenderás la ciencia,
á despecho de Dios, del bien y el mal.

Y Adán comió la poma
que la mujer incauta le ofrecía,
y aquel dulce sabor y blando aroma
arrancó de su pecho la alegría
rayos dejando en él de fuego ardiente
y nubes mil en su abrasada fuente.

Roto á sus piés el velo
cayó de la purísima inocencia,
sintió en su mente con dolor profundo
la ponzoña letal de infausta ciencia
mirando herido vacilar al mundo;
secáronse sus ojos
con el perenne llanto
y coronó de abrojos
la tierna flor el peregrino encanto
con que daba á sus piés nítida alfombra;
y el alma, en el orgullo sostenida,
buscó la lumbre de la eterna vida
y halló la muerte con su helada sombra.

Habló el Cielo, y se hundió de la criatura
el eminente trono;
ve perdida su gloria y su grandeza
Adán infiel, y en mísero abandono
del siervo el yugo á soportar empieza;
turbado, triste y mudo
mira el semblante de su amada esposa,

su cuerpo vé desnudo,
 mustias encuentra las nacientes flores
 en su marchita faz antes hermosa,
 y ve rasgado el manto de fulgores,
 esa veste de olímpicos colores
 que ostentó la mujer cuando era diosa.

Esquivo entonces el corcel ligero
 huye, al hombre negando su obediencia,
 y con hondo rugir el tigre fiero
 arrebatarle quiere la existencia;
 ya no escuchan las aves
 del aura leve el plácido murmurio;
 desatentadas vuelan
 lanzando gritos de fatal augurio;
 menguado mira el astro refulgente
 el caudal de su lumbre soberana,
 que imprime manchas en su roja frente
 el lodo vil de la impureza humana,
 cual voladora espléndida serpiente
 cruza el rayo los campos de la esfera;
 en inmenso tropel los huracanes
 con horrendo fragor silban do quiera,
 y levantan al cielo los volcanes
 su erizada y ardiente cabellera.

Postrado siente Adán en su agonía
 cruelísimos dolores
 cual el intenso que causar podría
 la acción violenta de mortal veneno,
 cual si sierpe invisible encadenara
 su débil pecho en vigorosos lazos,
 cual si oculto león de furia lleno

desgarrara su seno
 haciendo sus entrañas mil pedazos;
 siente de las pasiones
 que en rudo empuje sin cesar batallan
 los continuos gigantes agujones;
 en su cerebro estallan
 furiosas tempestades;
 mira á sus hijos entre llanto eterno
 nacer rebeldes y espirar precitos
 colocando entre el Cielo y el Infierno
 magníficas ciudades
 que detengan del rayo la carrera
 y cubran el horror de sus delitos;
 mira flotar la lúgubre bandera
 de la guerra feroz do el viento zumba
 entre gritos satánicos de muerte,
 y al lívido cadáver resbalando
 por la boca entreabierta de la tumba
 que en un lago de sangre se convierte,
 y su franja funeral cercando el orbe
 los mutilados restos
 de cien batallas anhelante sorbe.

En su inmenso furor el oceano
 alza del lecho la espumosa frente
 al ver el crimen del linaje humano,
 y en rauda torbellino, prepotente
 con la estentórea voz del ronco trueno
 mil y mil veces repetido brama,
 abre su oscuro palpitante seno
 y undosos montes por do quier derrama;
 hasta los cielos sube,
 el aureo solio de la luz pasea

y convertido en nube
cual negro manto la creación rodea;
en veloz rosonante catarata
sobre el absorto mundo se desploma;
el tenebroso abismo se desata
y el soberbio Luzbel su faz asoma
sobre las turbias linfas cabalgando;
allí ve las ciudades opulentas
sepultarse en las aguas removidas
al sonoro vaivén de las tormentas,
y escucha el hondo grito funerario
que sin consuelo lanza
la humana grey al espirar traidora
envolviéndose en líquido sudario;
sólo una nave prodigiosa avanza
entre el revuelto mar que airado crece,
el blando soplo del amor la mece;
ella encierra del mundo la esperanza.



EL SACRIFICIO DE ABRAHAM